

El grupo de iguales como contexto de la inadaptación

LUCÍA I. LLINARES INSA
M^a AMPARO BENEDITO MONLEÓN

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA SOCIAL
UNIVERSITAT DE VALENCIA

Resumen: En este artículo se analiza el grupo de iguales como contexto en el que se desarrollan los procesos de inadaptación. A diferencia de la creencia popular, estos grupos no responden a índices de sub-desarrollo, tampoco son un fenómeno de determinadas razas, condiciones sociales, niveles culturales o intelectuales. Son un fenómeno universal de adhesión voluntaria, cuyos miembros interactúan regularmente desarrollando lazos afectivos, un marco de referencia común y son conductualmente interdependientes. Este tipo de grupos de iguales se caracterizan por generar una identidad social desviada, por la hostilidad a la autoridad formal y por el deseo de revelarse en su contra. En este artículo se pretende llevar a cabo una sistematización teórica del trabajo realizado sobre este tipo de grupos desde la perspectiva de la dinámica de grupos. Así pues, para la descripción del grupo de

iguales desviado se centra en el análisis de la composición, formación, desarrollo y estructura que le caracterizan.

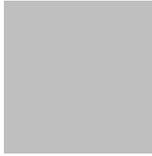
Palabras clave: Grupo de iguales, inadaptación, adolescencia, conducta transgresora, procesos intergrupales.

The Peer Group as a Context of Maladjustment

Abstract: In this paper, the peer group is analysed as the context in which maladjustment processes develop. Contrary to popular belief, these groups do not correspond to indexes of underdevelopment, neither are they typical of any particular racial group, a given social condition, or a cultural or intellectual level. These groups represent a universal phenomenon of voluntary adhesion, whose members interact regularly developing affective bonds, have a common frame of reference, and are behaviourally interdependent. This type of peer group is characterised by the creation of a socially deviant identity, by their hostility towards formal authority and their desire to rebel against it. The aim of this paper is to establish a theoretical systemisation of some research undertaken from the standpoint of group dynamics. This analysis of the deviant peer group is therefore centred on its typical composition, creation, development and structure.

Keywords: Peer group, deviance, adolescence, disruptive behaviour, intergroup processes.

El grupo de iguales como contexto de la inadaptación



Lucía I. Llinares Insa
M^a Amparo Benedito Monleón

Introducción

La inadaptación se vincula a una experiencia social concreta de las personas designadas como inadaptadas. Los mundos en los que el sujeto está inmerso y a los cuales no se cuestiona su adhesión o pertenencia son la familia, la escuela y el grupo de iguales. En este artículo nos centramos en el grupo de iguales. Los miembros de estos grupos tienen en común el experimentar la misma incompreensión, rechazo, dificultades familiares, escolares o sociales, etc.; son, pues, el resultado de innumerables tensiones, contradicciones y ansiedades. Esto les lleva a compartir una gran insatisfacción por el mundo en el que viven y por el futuro que la sociedad pretenden imponerles. En muchas ocasiones, la rebelión, con o sin causa, genera una larga crisis que comienza en la adolescencia y finaliza en la adultez. Es en este momento cuando surgen estos grupos.

Generalmente, los medios de comunicación nos presentan al grupo de iguales desviado como una fuente de agresividad irracional, como fenómenos antinaturales o patológicos y como grupos nada organizados. Es relativamente habitual, cuando leemos el periódico, encontrarnos artículos en donde se comenta que los jóvenes de dos bandas pasan de odiarse a muerte a convivir en paz y armonía sin una razón aparente, o en donde se nos transmite la imagen de que los jóvenes se juntan para beber en espacios públicos, o en donde explícitamente se señala la absurdidad, cuando no brutalidad del comportamiento de los hinchas de fútbol. Sin embargo, y desde una óptica diferente, gran parte de los teóricos sociales consideran que estos

grupos no son simplemente agregaciones anómicas sino que constituyen organizaciones racionales y, como tales, conforman su propia estructura y subcultura, tiene particularidades en cuando a su etiología, desarrollo y fin. Sobre ellos hemos reflexionado desde la perspectiva psicosocial de dinámica de grupos.

El estudio de los pequeños grupos ha sido uno de los focos de atención de la psicología social. Desde esta disciplina se pone de manifiesto la importancia e influencia del grupo de iguales en el desarrollo de la conducta antisocial y la delincuencia juvenil. Sin embargo, la literatura sobre grupos no suele presentar revisiones de pequeños grupos especiales como el que aquí tratamos y únicamente alude a ellos a nivel anecdótico. La literatura psicosocial sobre desviación suele centrarse en su relevancia como contexto socializador pero no expone un análisis detallado del mismo. Así pues, desde la psicología social parece hacer falta cierta sistematización teórica que aúne los diversos estudios sobre el grupo de iguales desviado.

Ante esta situación de relativa indefinición el presente artículo describe los procesos que ocurren dentro de este tipo de grupos, excluyendo los fenómenos intergrupales. Para ello, se ha optado por hacer una descripción general de la dinámica del grupo de iguales desviado más que una selección sobre un aspecto concreto del grupo de iguales desviado y hacer una evaluación crítica constructiva del material publicado. Comenzamos su descripción general delimitando su objeto de estudio y los tipos de grupos analizados. A continuación pasamos a detallar los elementos que caracterizan al grupo de iguales desviado organizándolos en cuatro apartados: la composición del grupo, las condiciones que favorecen su aparición, los procesos de desarrollo y socialización y la estructura grupal.

1. El grupo de iguales desviado como sistema social abierto

El grupo de iguales desviado es un pequeño grupo interdependiente e interactivo que define colectivamente una identidad inadaptada. En el entramado de relaciones y expectativas subculturales ayudan a la construcción del adolescente, a la construcción social de la realidad y orientan su existencia (Añaños,

2006; García y Sánchez, 2005). Aunque el término 'iguales' es amplio y podría hacer referencia a todas las personas que participan de la misma categoría o condición que un sujeto dado, sólo vamos a considerar aquí los grupos de iguales que se constituyen y se desarrollan mediante la interacción cara a cara. Así pues, son grupos que se constituyen como sistemas sociales y, como tales, desarrollan una estructura social jerárquica con roles y relaciones que gobiernan sus interacciones (con ellos mismos y con 'el otro') y están motivados para satisfacer algunas necesidades mediante la ejecución grupal. Junto a ello crean un conjunto coordinado de representaciones a modo de universo simbólico que sirve para mantener al grupo y para diferenciarlo de otros grupos distribuyendo las identidades y los roles, expresando las necesidades colectivas y los objetivos a lograr (Añaños, 2006).

Por otra parte, estos grupos tienen un carácter abierto debido a su interdependencia con otros grupos presentes en el campo social. Esto hace que el grupo de iguales desviado sea considerado como aquel conjunto de personas que va definiendo colectivamente una identidad social diferenciada de otros grupos, que es calificada como inadaptada o desviada.

Así pues, el grupo de iguales desviado como construcción activa de individuos sociales interdependientes y en interacción, da lugar a la producción de significados cognitivos y simbólicos, posibilita la construcción de la identidad social, y supone la existencia de relaciones intragrupales e intergrupales que generan los elementos de la estructura grupal y el conjunto de sus procesos.

2. Tipos de grupos de iguales desviados

Una definición tan amplia comprende grupos que son muy diferentes entre sí. A continuación, y a partir de una revisión de la literatura sobre inadaptación y conducta transgresora, presentamos una tipología de grupos de iguales desviados cuya función es doble. Por una parte, pretende delimitar el concepto de 'grupo de iguales desviado'. Con esta clasificación matizamos qué tipos de grupos desviados han sido analizados y, por

tanto, se va a referir este artículo. Por otra parte, nos sirve de esquema organizativo y expositivo de lo que se ha analizado mayoritariamente sobre la dinámica del grupo de iguales desviado desde una perspectiva psicosocial. La diversidad de grupos de iguales desviados es tal que esta clasificación nos sirve de elemento estructurador a partir del cual describiremos las similitudes y aspectos diferenciales de cada uno de ellos. No pretende, pues, sistematizar la gran diversidad de grupos de iguales desviados y somos conscientes que deja fuera muchos de ellos. No tiene en cuenta, por ejemplo, algunos enfoques socioculturales alternativos al sistema normativo dominante que pese a ser formas de desviación social no son interpretadas socialmente como formas y maneras anormales y patológicas de comportamiento sino como una opción personal de vida en una sociedad que busca el conformismo con los patrones de normalidad. Un ejemplo es la contracultura hippy o el movimiento ecologista. Tampoco tiene en cuenta aquellos grupos con un objetivo disfuncional para la persona pero no para la sociedad; por ejemplo, los grupos de anoréxicas-os del interespacio.

Así pues, a partir del análisis de la literatura sobre el tema nos encontramos con tres tipos fundamentales de grupos de iguales desviados: el grupo de iguales territorial, el grupo de iguales transicional y la tribu urbana.

El *grupo de iguales territorial*. Los grupos de iguales territoriales son grupos informales vinculados a un determinado territorio que suplen o contrarrestan las carencias de organización social institucional o comunitaria que hay en determinadas zonas mediante sistemas de organización informal, fuera de los márgenes reglados de control social e institucional. Su imagen más paradigmática son las bandas de barrio. Siendo un buen ejemplo la banda descrita por Whyte (1955) en su monografía clásica, *Street corner boys* que surgió como contraste a otro tipo de banda presente en el mismo barrio: *college boys*. Ambas bandas diferían principalmente en su nivel de escolarización.

El grupo de iguales territorial es el tipo de grupo desviado que estudiaban, sobre todo, los teóricos de la Escuela de Chicago. Desde una perspectiva subcultural, la Escuela de Chicago vincula la desorganización social que se produce por la ruptura del orden social tradicional, el aumento del anonimato y el debilitamiento de las relaciones íntimas a la formación de grupos y

subcomunidades que refuerzan las relaciones sociales y la esfera afectiva. En este sentido las pandillas de barrio o bandas serían una forma de microcultura generada por jóvenes de las clases subalternas que utilizan el espacio urbano para construir su identidad social y en las que la delincuencia y actividades agresivas aparecen como producto secundario aunque en algunos casos puede surgir como producto directo de las actividades del conjunto del grupo (Short, 1975). En general, los estudios realizados sobre este tipo de grupo se centran sobre todo en los patrones de organización de estos grupos y las funciones de protección o apoyo que cumplen para sus miembros.

El segundo tipo de grupo de iguales desviado es el que hemos denominado *grupo de iguales transicional* cuya imagen más paradigmática son los grupos o pandillas de adolescentes. Tres rasgos lo definen: a) son grupos de iguales vinculados en base a la edad que cumplen su función en un momento concreto de la vida: la adolescencia; b) son grupos que se sitúan en la transición del mundo familiar de la infancia al mundo institucional de la vida adulta; y c) son grupos que juegan un importante papel en el aprendizaje de roles de la vida adulta. Un ejemplo de gran actualidad lo encontramos en los grupos de jóvenes contribuyen al tan famoso fenómeno de 'el botellón'.

Éste es el tipo de grupo que han estudiado en mayor medida los psicólogos sociales de orientación psicológica como Palmorari o Emler y Reicher. De estos grupos adolescentes se ha estudiado sobre todo la relación que guardan tanto con la familia como con las instituciones sociales formales, relación que puede ser de antagonismo o de complementariedad; son 'laboratorios sociales', como dirían los Sherif y Sherif (1975), donde los adolescentes experimentan maneras de responder al mundo de los adultos, evalúan conjuntamente con sus compañeros dicho mundo y reaccionan colectivamente ante las demandas que las instituciones sociales les van planteando. De esta forma el adolescente va completando el camino hacia la redefinición de la propia identidad a través de una progresiva integración en el contexto social.

El tercer y último tipo de grupo de iguales es el que la literatura de vertiente más sociológica denomina *tribu urbana*. Cuatro rasgos describen a la tribu urbana: a) tienen un carácter eminentemente expresivo: el estilo de las tribus urbanas muestra su

necesidad de comunicar un mensaje al entorno social en el que viven; b) no disimulan sus acciones, que a menudo conforan un sistema de provocación, sino que las exhiben siendo objeto de orgullo y satisfacción; c) proporcionan una experiencia fuertemente afectiva: la relación de pertenencia del individuo al grupo es intensa, globalizadora y aporta un sentido existencial; y d) tienen una función de *resistencia* a los mecanismos de control social institucionalizados. Los Okupas, por ejemplo, forman grupos contraculturales a modo de tribus urbanas.

Las tribus urbanas han sido estudiadas sobre todo por la vertiente más sociológica de la Psicología Social y, dentro de ella por el enfoque subcultural. Desde el enfoque subcultural se analiza la inadaptación en función a la adhesión a patrones culturales distintos del dominante. De las tribus urbanas se ha estudiado sobre todo: a) el tipo de cultura o contracultura que se genera y se expresa, como podemos observar en el trabajo de Marsh, Roser y Harré de 1978 sobre ultras de fútbol; y b) su posición en la estructura social. Desde esta segunda línea de trabajos se ha analizado los grupos minoritarios que mantienen relaciones de influencia y conflicto con la mayoría, como podemos observar en la cultura de los fumadores de marihuana descrita por Becker (1963).

Nos encontramos pues, con tres tipos de grupos desviados que comparten ciertos patrones característicos que los hacen semejantes y los diferencian de otros tipos de grupo. A continuación pasamos a describir los elementos que caracterizan la dinámica del grupo de iguales desviado.

3. La composición del grupo

El grupo de iguales puede ser descrito a partir de las características de los miembros que lo componen (Moreland y Levine, 2003). Desde una perspectiva psicosocial se consideran relevantes la edad, el sexo, la clase social y la etnia.

La primera variable relevante de la composición del grupo es *la edad*. Uno de los resultados más consistentes de la investigación es que los grupos de iguales desviados están compuestos generalmente por adolescentes con edades comprendidas

entre los 13 y los 21 años (por ejemplo, Kipke, Unger, Connor, Palmer y LaFrance, 1997). Tres aspectos convergentes parecen explicar esta composición grupal: la frecuencia de contacto de los grupos, la disposición general a la transgresión en esta etapa y el tipo de desviación propia de este momento evolutivo.

En primer lugar, los grupos de iguales desviados suelen estar integrados por adolescentes o jóvenes porque *los grupos de iguales de interacción cotidiana*, sean éstos desviados o no, son un fenómeno mucho más frecuente en la adolescencia y primera juventud. A medida que uno se va incorporando a la vida adulta, con la consolidación de relaciones amorosas y con la adquisición de los correspondientes roles sociales, sus contextos de relación se diversifican y se especializan. El grupo de iguales pierde centralidad en el sistema de relaciones sociales de la persona (Rubin, Coplan, Nelson y Sagace-Leguín, 1999).

En segundo lugar, porque *la probabilidad de desviación es mayor* en la adolescencia que en otros momentos del desarrollo evolutivo. Son muy numerosos los estudios, tanto en base a los registros oficiales como en base a autoinformes, que revelan un drástico incremento de la conducta transgresora hacia el principio de la adolescencia, en torno a los doce o trece años. Más tarde, después de los dieciséis-dieciocho años, la prevalencia de la transgresión comienza a declinar gradualmente. Se suele considerar, pues, que el 'punto álgido' de la transgresión adolescente se ubica en la adolescencia media. Al final de la adolescencia el sujeto tiende a integrarse en la sociedad con un repertorio comportamental que está en concordancia con las reglas sociales (Emler y Reicher, 1995, 2000; Rubini y Palmonari, 1998; Ferdinando y Palmonari, 2006).

En tercer lugar, porque *el tipo de desviación* que es característica de la adolescencia y la primera juventud normalmente *se lleva a cabo en grupo*. De entre las transgresiones típicamente adolescentes que se llevan a cabo en grupo encontramos las relacionadas con el contexto escolar y los *delitos de estatus* al igual que los actos vandálicos, las agresiones a personas y las riñas entre grupos. Este tipo de conductas experimentan un declive más acusado hacia el final de la adolescencia y comienzo de la vida adulta (Emler y Reicher, 1995, 2000; Rechea, Barberet, Montañés y Arroyo, 1995).

Con el paso a la adultez generalmente el grupo de iguales pierde importancia y los miembros tienden a abandonarlo. Ahora bien ciertas tribus urbanas junto a los adolescentes incluyen miembros de distintas edades que se agrupan por generaciones. Estos grupos se muestran capaces de proporcionar un espacio propio a cada una de las generaciones que conviven y forman el grupo en un mismo momento; un ejemplo serían los grupos de okupas o de moteros.

La segunda característica demográfica que caracteriza el grupo de iguales desviado es *el sexo*. Dos líneas fundamentales de trabajo se han desarrollado sobre el tema. En primer lugar, una línea de trabajo se interesa por las diferencias de composición de los grupos desviados en función del sexo. La literatura psicosocial sobre grupos desviados ha demostrado que hay un menor número de mujeres que pertenecen a este tipo de grupos. Kipke et al (1997) por ejemplo encuentran que casi el 75% de los miembros de grupos desviados son varones y que el 25% restante son mujeres. Esto quiere decir que no todas las bandas están formadas por chicos. Las mujeres aunque en un porcentaje menor, también se afilian a bandas o tribus juveniles (Bartolomé, 1998, 1999). Sin embargo, las mujeres parecen haber sido invisibles en el análisis de este fenómeno (Feixa, 1998). Una explicación posible es que el análisis psicosocial ha visto a las bandas como un fenómeno de afirmación de la virilidad que se refleja tanto en sus actividades violentas como en su estética dura.

La segunda línea de trabajos analiza las diferencias en implicación en conducta transgresora en función del sexo (Maccoby, 1986). Las diferencias sexuales en la implicación de conductas desviadas es uno de los hallazgos más consistentes en toda la literatura psicosocial de la inadaptación: los hombres tienen mayor probabilidad de delinquir que las mujeres. Como señalan Emler y Reicher (1995) las estimaciones muestran como las diferencias entre chicos y chicas se dan en una proporción de dos a uno, aunque dichas diferencias se acentúan sustancialmente en las transgresiones más graves. Parece que estas diferencias en implicación en conducta transgresora son debidas a la educación recibida en el proceso de socialización. El rol asociado al género femenino articula formas culturales, respuestas y resistencias específicas con un tinte más pasivo y prestando

mayor atención a la esfera privada. Es en el modelo de socialización masculino donde más se promocionan los mecanismos de competencia con 'los otros' como instrumentos de afirmación de la propia identidad. Por consiguiente, los grupos de iguales desviados no sólo suelen ser fundamentalmente masculinos en su composición, sino también muy machistas en el tipo de cultura que elaboran y comparten.

La tercera característica demográfica que incide en el carácter del grupo de iguales desviado es *la clase social*. Sherif y Sherif (1975) nos recuerdan que los adolescentes viven problemas distintos según su posición social, las normas culturales en base a las cuales debe afrontarlos y los apoyos y los obstáculos que le proporcionan los adultos y los iguales.

La clase social es uno de los factores demográficos que más literatura psicosocial ha generado. La mayor parte de la literatura sobre las culturas juveniles se ha centrado en los jóvenes de la clase obrera (Garrido, 1984). Según los teóricos del conflicto, los grupos desviados surgen como respuesta a las contradicciones sociales. Estos grupos desarrollan una subcultura a modo de adaptación a las condiciones de privación (Franco y Fernández, 1991).

Ahora bien, actualmente este patrón parece estar cambiando en las tribus urbanas. Feixa (1998) muestra como ciertas tribus, como 'los grupos ultra', eran originalmente proletarios pero su estilo atrajo la atención de los adolescentes burgueses algunos de los cuales eran ultraderechistas y racistas. Por todo ello, en la actualidad la extracción social ya no es considerada la variable clave que propicia la formación de estos grupos aunque si una variable importante.

La cuarta característica demográfica que caracteriza el grupo de iguales desviado es la etnia. En general, la literatura psicosocial ha presentado los grupos de iguales desviados como compuestos por una misma etnia (hispanos, italianos, ingleses, etc) aunque también han sido estudiados los grupos pluriétnicos. Estos últimos generalmente se vinculan con zonas pobres de la ciudad en donde se alojan inmigrantes provenientes de diferentes países (Feixa, 1998).

Dos líneas de trabajo relacionadas con la etnia resultan relevantes para el análisis del grupo de iguales desviado. Una línea de trabajos analiza la vinculación entre la etnia, la inmigración y

las conductas grupales inadaptadas: las pandillas formadas por inmigrantes de segunda generación. Este suele ser un colectivo considerado problemático porque no se identifican ni con la cultura de sus padres, ni con la cultura de su país de destino que los discrimina. De este modo las expresiones culturales de estos grupos son intentos de recomponer la cohesión perdida en la comunidad original (Feixa, 1998). Sin embargo, muchos autores como por ejemplo Wagman (2002) encuentran que el porcentaje de inmigrantes de segunda generación que muestra oposición al 'otro' a través del conflicto es mínimo.

La segunda línea de trabajos analiza las relaciones intergrupales entre bandas o tribus y un exogrupo de otra raza. Muchas veces, las bandas juveniles tienden a construir un nosotros en oposición a un 'otros' de diferente pertenencia étnica. Las subculturas urbanas británicas son las más conocidas. De hecho, las culturas juveniles británicas de posguerra, como los skinheads, surgieron de manera paralela a los procesos de descolonización y a la masiva llegada de inmigrantes que generaron formas específicas de identidad étnica generacional. Esta cultura juvenil se articula como respuesta al 'otro' expresando abiertamente prejuicios xenófobos que se mantienen latentes en el seno de la cultura dominante (Feixa, 1998).

Aunque la clase social y la etnicidad son dos variables tradicionales una línea de investigación paralela sugiere que ambas se combinan y se interrelacionan. Al igual que hizo la Escuela de Chicago cuando hablaba de zona de transición, Emler y Reicher (1995) plantean que quizá la variable clave en la composición del grupo desviado no sea el nivel socioeconómico, ni la clase social del adolescente, ni la étnia sino una que vincula todas estas variables: *el área de residencia*.

La concentración de la desigualdad y su permanencia a lo largo del tiempo en ciertas áreas de la ciudad puede deberse tanto a condiciones estructurales socioeconómicas como a la etnia predominante. Así, por ejemplo, las 613 viviendas de Burjasot se constituye en zona de acción preferente por los escasos recursos de sus vecinos; mientras que el barrio latino de Boston tiene como vínculo comunitario no el nivel de ingresos sino la etnia. Como consecuencia de su situación, en ambos tipos de barrios desfavorecidos interactúan procesos multidimensionales que combinan factores sociales, económicos y espaciales, difi-

cultando el desarrollo de la población residente. Desde la ecología del delito se analiza tanto la formación de áreas delictógenas (Rouanet, Vallés y Garrido, 1988) como la relación entre áreas y comunidades violentas y la formación de grupos desviados (Schwartz y Proctor, 2000). Ambas líneas señalan la influencia de las características del vecindario en el tipo de conducta de las personas y grupos que allí residen, en concreto, de los efectos problemáticos (Simona, Jonson, Beaman, Confer y Whitbeck, 1996).

4. Condiciones que favorecen la aparición de grupos de iguales desviados

Una de las cuestiones que se plantean desde la Psicología Social de la Inadaptación son las condiciones que inciden en la integración de las personas en grupos desviados. Dos tipos de condiciones resultan altamente relevantes para que se forme un grupo de iguales desviado. Por una parte, para que una persona forme parte de un grupo debe poder tener acceso a él, por eso es por lo que son tan importantes las condiciones ambientales que favorecen su formación. Por otra parte, para que se forme un grupo desviado no sólo se deben poder poner en contacto los unos con los otros sino que se debe tener conciencia de cierto elemento común: la meta a conseguir. La característica esencial de cualquier grupo es que sus miembros poseen 'algo' en común y que ese 'algo' establece una diferencia.

Las condiciones ambientales. El grupo se va formando en la medida en que el entorno proporciona los recursos necesarios para que lo haga. Esta condición es la que pusieron de manifiesto los teóricos sociales de la Escuela de Chicago al vincular directamente ciertos grupos de iguales desviados con ciertas áreas sociales.

Las condiciones ambientales hacen referencia al análisis de la ecología de los pequeños grupos. Nos remiten, pues, a la idea de grupo abierto en el sentido de Lewin y destacan la existencia, según Ayestarán (1993) de tres entornos que forman parte del espacio vital del grupo y que contribuyen a su formación: el entorno físico, el entorno social y el entorno cultural.

Comencemos por el *entorno físico*. El entorno físico nos proporciona un ingrediente fundamental para que puedan formarse los grupos de iguales desviados ya que posibilita ocasiones de interacción. Dos aspectos son significativos tanto para la formación como para la vida de los grupos desviados: la proximidad espacial entre los miembros del grupo y la existencia de lugares comunes. En primer lugar, los grupos se forman en la medida en que existe una proximidad espacial que posibilita situaciones de interacción. Ya los teóricos de la Escuela de Chicago afirmaban la importancia de la proximidad en el espacio para la existencia de bandas callejeras delincuentes. Algunos grupos como las bandas o pandillas juveniles se establecen entorno a un territorio adquiriendo, este lugar, un significado muy especial para sus miembros.

Un segundo factor importante es la existencia de lugares comunes en los que congregarse. Este es un elemento ambiental que favorece la interacción y, por tanto, no sólo propicia el nacimiento de nuevos grupos sino su consolidación y mantenimiento en sucesivas generaciones.

Los espacios de reunión pueden ser cerrados o abiertos. En general cada banda juvenil y cada tribu tiene sus lugares de ocio donde se reúnen y que, después de un tiempo, son percibidos como territorios. A veces son lugares cerrados y fácilmente defendibles, como bares que son frecuentados únicamente por miembros de una sola banda o tribu. Los grupos adolescentes no son tan territoriales aunque tienden a reunirse en un determinado lugar y tienden a frecuentar siempre los mismos bares o discotecas, etc.

Sin embargo, la tradición etnográfica de estudio de pandillas y bandas sugiere que los lugares de encuentro de los grupos desviados también son a veces espacios públicos y abiertos. La banda analizada por Whyte (1955) recibía el nombre de *street corner boys* precisamente por reunirse en la esquina de una calle. En este sentido, hay territorios cuyo urbanismo favorece la aparición de grupos y pandillas, como los barrios que tienen parques, plazas y lugares de encuentro abiertos. Este tipo de espacios, que Hall hubiera llamado 'espacios sociópetos', que invitan al encuentro y no a la dispersión, facilitan que los jóvenes pasen horas juntos, hablando, elaborando representaciones compartidas del mundo y de las cosas, y planeando actividades. Hoy en

día, a medida que el terreno urbano se encarece, crece la especulación sobre el suelo y se consolida una cultura del consumo, tal vez los centros comerciales y las grandes superficies han ocupado el lugar de los parques como punto de encuentro para los jóvenes, dando lugar al tipo social que los anglosajones han bautizado como 'mall rats' (literalmente, 'ratas de centro comercial').

El segundo entorno que contribuye a la formación del grupo es el *entorno social*: esto es, las redes sociales de cada una de las personas que conformarán el grupo. Hay dos mecanismos fundamentales por los cuales estas redes pueden influir en la formación del grupo. En primer lugar, el descubrir afinidades o intereses comunes con alguien que nos han presentado o que conocemos aumenta la probabilidad de formar un grupo (por ejemplo, las bandas juveniles suelen incluir a nuevos miembros porque son conocidos o hermanos menores de algún integrante).

En segundo lugar, las redes sociales preexistentes ejercen presión para que se mantengan los grupos. Una vez etiquetados por otros como miembros integrantes de un grupo desviado, ese mismo etiquetamiento va a fortalecer los vínculos entre ellos. Ya en 1938 Tannenbaum afirmaba que el etiquetamiento de la persona hacía que esta llegara a verse a sí misma como describía la etiqueta y a formar parte de un grupo o subcultura que comparte sus actividades. Es, pues, el resultado de la profecía autocumplida: en función de cómo a uno le llamen, lo encasillen y le traten acabamos percibiéndonos. En el caso de la vinculación a un grupo desviado, este etiquetamiento aumenta nuestra identificación con el grupo y nos incita a actuar en función de las expectativas asociadas a él. Por eso las teorías del etiquetamiento insisten en que la identificación social de un grupo como 'grupo desviado' agrava mucho la desviación.

El tercer entorno que forma parte del espacio vital del grupo y que contribuye a su formación es *el entorno cultural*. Junto con la estructura, cada grupo de iguales desviado, como verdaderas organizaciones psicosociales, posee unas pautas culturales propias y diferenciadas y articula estos elementos de manera original.

Los grupos territoriales y las bandas juveniles generan un tipo de cultura que hemos denominado *cultura de la solidaridad y la autoprotección* porque, tal y como exponen los teóricos de

la Escuela de Chicago las pandillas se forman para asegurar cierta forma de integración de los jóvenes que viven en ciertos barrios. Estas bandas desarrollan desde la infancia profundos vínculos afectivos y de identidad, fuertes sentimientos de lealtad de grupo fundamentados en la ayuda mutua (para el análisis de la identidad y la lealtad ver Zdaniuk y Levine, 2001).

Las bandas callejeras tienden fomentar profundos vínculos afectivos y elevan el apoyo social emocional a una categoría psicosocial primordial (Kipke et al, 1997). Pero en la pandilla el joven no solo encuentra la posibilidad de ser 'alguien' y obtener respeto y reconocimiento (Osorio y Fenández, 2002); el grupo también le ofrece la protección de sus derechos y sus propiedades y le proporciona formas de autoprotección y autoayuda alternativas al orden social e institucional (Black, 1983). Surgen así los grupos territoriales como los 'Cumba' y los 'peligro' en la zona del lago de Managua o 'los Apaches' analizados por Sherif y Sherif (1975) en los que rige un código moral divergente, comparándose con los valores típicos de la clase media, que tienen como fin el apoyo social y que tienden a fomentar la delincuencia como medio de protección. Aunque los actos violentos parezcan irracionales y sin significado para el resto de la sociedad, son razonables y con significado para las personas que lo cometen y para sus grupos (Black, 1993; Curra, 1999; Marsh, Roser y Harré, 1978).

Un segundo tipo de cultura o subcultura es la que se genera en los grupos transicionales y la hemos denominado *cultura adolescente* porque los adolescentes, en este momento evolutivo, elaboran un estilo de comportamiento que sigue códigos bien definidos, perfilados y complejos y con reglas de conducta muy características y diferenciadas a las que se podrían elaborar en otros momentos de la vida de una persona (Palmonari, 1991; Ferdinando y Palmonari 2006). De entre los rasgos más característicos de este tipo de subcultura cabe resaltar los siguientes: En primer lugar, las subculturas adolescentes se caracterizan por ser gregarias. En ellas el grupo de iguales se vuelve la característica más importante e interesante de la vida social del adolescente. La creciente importancia y homogeneidad de los grupos de iguales adolescentes puede explicar algunos rasgos de la adolescencia del siglo XX, como la conformidad, la susceptibilidad a las modas y la preocupación

por la competición intergrupal. En segundo lugar, es una subcultura alejada de los principales centros y esferas de participación social y que se centra en el consumo y en el tiempo libre. Los consumos rituales de los fines de semana son, por ejemplo, una manifestación cultural prototípica que incluye ambas características de la subcultura adolescente: el consumo en el tiempo de ocio. En tercer lugar, la subcultura adolescente es, con frecuencia, una subcultura fuertemente diferenciada por los roles de género e incluso, a veces, podríamos decir que fuertemente sexista; esto puede observarse, por ejemplo en los diferentes factores de popularidad de los chicos y de las chicas que constituyen modelos idealizados de roles (Baumeister y Tice, 1986).

Las tribus urbanas generan lo que en la literatura de vertiente más sociológica se denomina contracultura. Las contraculturas se definen como culturas subalternas. Las contraculturas constituyen un fenómeno sociológico, generalmente juvenil, que se caracteriza, en primer lugar, por reaccionar contra algunos valores y/o modos de vida propios de las sociedades capitalistas contemporáneas. Pensemos, por ejemplo en los 'okupas'; para ellos tomar posesión de un inmueble no significa únicamente habitar una casa; supone poner en entredicho la piedra angular del capitalismo: la propiedad privada. En segundo lugar, Cochrane y Billig (1982) muestran como la contracultura se caracteriza por ser expresión de actitudes políticas. Numerosos estudios sugieren que las tribus urbanas se caracterizan por el cinismo político y la desconfianza hacia el sistema (Banks, Bates, Breakwell, Bynner, Emler, Jamieson y Roberts, 1992). Pensemos, por ejemplo, en una de las tribus más numerosas y que mayor preocupación social generan: la tribu de los 'cabeza rapada'. Éstos son un movimiento político de ultraderecha que se sitúa más en la periferia de la política que en el mundo de la actividad política. Este movimiento pretende recrear las tesis de extrema derecha desde un discurso simplificado a niveles de consignas elementales y una práctica política reducida a agresiones callejeras violentas. En tercer lugar, las contraculturas se caracterizan por la apariencia ya que es una verdadera puesta en escena, una adopción simbólica visual de su identidad tanto colectiva como personal. Imaginemos un cabeza rapada. Entre las características más significativas sorprende la apariencia de agresividad de su uniforme (Costa, Pérez y Tropea, 1996). O

imaginémosnos a un 'okupa' con su vestimenta pobre y funcional, con su cazadora, vaqueros y bostas militares, con ropa usada, superpuesta y reciclada.

Las metas compartidas. El segundo tipo de condición que favorece la aparición de los grupos desviados hace referencia a la interdependencia de todos los miembros para la consecución de una meta.

Las metas compartidas por el grupo de iguales desviado hacen referencia a la satisfacción de ciertas necesidades. La literatura sobre el tema sugiere que estas necesidades son diferentes en cada uno de los tipos de grupos:

1. En los grupos territoriales las necesidades que pueden llevar a que una persona se afilie, tal y como exponen los teóricos de la Escuela de Chicago, son, sobre todo, dos. En primer lugar, en zonas que se caracterizan por una gran desorganización social, en donde las instituciones no cumplen sus funciones llevan a la gente a organizarse en bandas. Así, una de las metas es la necesidad de autoorganización. En segundo lugar, la pertenencia a grupos pequeños puede proporcionar apoyo social y autoprotección ya que el grupo es una fuente de interacciones, de feedback y de seguridad emocional.
2. En el grupo transicional, es la necesidad de definición de la identidad la que lleva a unirse al grupo de iguales que le sirve de referencia para la comparación social. Estos grupos además de ser una fuente de autoconcepto, de ayudar a definir los propios intereses, habilidades y personalidad también puede contribuir a mejorar su autoimagen y la imagen que proyecta a la sociedad. Junto a la definición de la identidad, los adolescentes tienen la necesidad de afrontar adecuadamente las tareas evolutivas. El grupo de iguales le proporciona estrategias y mecanismos adecuados para hacerlo. Por último, con la afiliación a un determinado grupo los adolescentes pretenden mejorar su reputación y autopresentación, aumentan su popularidad y con ella su estatus (Emler y Reicher, 1995, 2000).
3. En las tribus urbanas encontramos al menos dos tipos de metas de afiliación. Por una parte, las personas se vincu-

lan a tribus urbanas, al igual que a los grupos territoriales, por la necesidad de organización del entorno. La meta de poner orden en el mundo puede provenir de la contradicción entre los valores de una comunidad y su conducta como en los 'cabeza rapada'; o de las contradicciones del sistema capitalista y los derechos humanos como los 'okupas'. Junto a ello, el estilo de las tribus urbanas muestra su necesidad de comunicar un mensaje al entorno social en que viven mediante, por ejemplo, una determinada estética. La estética permite construir a partir de ella una imagen, un esquema de actitudes y/o comportamientos gracias a los cuales salir del anonimato con un sentido de la identidad reafirmado y reforzado (Feixa, 1998).

Un tipo específico de meta que fomenta y mantiene la cohesión de grupos desviados es la realización de actividades que sólo pueden llevarse a cabo colectivamente. La mayoría de las actividades transgresoras necesitan de la complicidad y ayuda de un grupo, tanto si hablamos de delincuencia y actos vandálicos como si nos referimos a los consumos rituales de los fines de semana.

Pero contrariamente a la creencia popular que afirma que estos sujetos se reúnen únicamente para realizar alguna actividad desviada, los grupos desviados pasan solo una pequeña parte de su tiempo juntos desarrollando actividades inadaptadas aunque da la impresión contraria porque éstas son las más visibles, las que constituyen un problema social y las que les etiquetan de 'inadaptados' o 'desviados'.

Así pues, las condiciones que favorecen la formación de las bandas, tribus y grupos de adolescentes tienden a ser de diferente tipo. Por una parte, un joven se afilia a la banda descrita por Whyte porque vive en el barrio de Corneville o a los cabeza rapada porque puede acceder a los lugares de reunión de una ciudad, porque tiene intereses comunes con el grupo y, en algunos casos, porque habiendo sido etiquetado miembro de dicha banda, esto presiona para su mantenimiento y porque, como puede suceder en estos dos casos, nuestra banda y tribu ya existía antes de que el nuevo miembro entrara a ella. Además, estos grupos desviados al igual que los de los adolescentes se forman y mantienen porque sus miembros son interdependien-

tes para conseguir una meta sea ésta el llevar a cabo una actividad como 'ir en contra de la autoridad formal' o la satisfacción de necesidades como la búsqueda de 'apoyo social'.

5. Los procesos de desarrollo y socialización en el grupo de iguales desviado

Una vez conocidas las condiciones necesarias para que se forme un grupo desviado es el momento de presentar los procesos de desarrollo y socialización de este grupo. Son cuatro las etapas de socialización y desarrollo de los grupos desviados que resultan relevantes: a) la fase de iniciación de la membresía grupal, que es el momento en el que se forma el grupo o se ingresa en él; b) la fase de identificación y productividad grupal, que es el momento en el que se negocian los roles de los individuos y es cuando la influencia del grupo sobre el individuo está en su nivel más alto; c) la fase de declive grupal, que puede producirse por un conflicto o por la finalización natural de la pertenencia al grupo; y d) la fase de rememoración, en la que el sujeto pasa a ser ex-miembro del grupo al que pertenecía.

Una de las cuestiones que ha suscitado mayor interés era conocer el factor que influye en la afiliación de una persona a un grupo desviado. Hay autores que afirman que es el grupo el que recluta al individuo y otros dan más peso a la persona que selecciona potenciales grupos de pertenencia. Nosotros estamos más de acuerdo con una tercera postura que defiende que durante la fase de iniciación, se producen dos procesos complementarios uno del grupo y otro por parte del sujeto y que es en su intersección en donde encontramos la causa de la afiliación. El grupo inicia el proceso de reclutamiento de nuevos miembros, mientras que el sujeto inicia el proceso de reconocimiento de nuevos grupos. Para el reclutamiento de nuevos miembros el grupo utiliza una serie de técnicas de inclusión o formas de aceptación que tienden a ser llevadas a cabo por el líder. Es el líder el que supervisa y el que decide la aceptación o rechazo de los nuevos miembros. (Adler y Adler, 1998; Osorio y Fernández, 2002). De entre los modos de entrada los más característicos, dado el carácter típicamente informal de la

estructura y dinámica de los grupos de iguales desviados, nos encontramos con la invitación o solicitud que hace uno de los miembros del grupo a uno de sus conocidos (Elder, 1985).

Paralelamente, durante la fase de iniciación el sujeto desarrolla el proceso de exploración o reconocimiento de nuevos grupos potenciales. Para ello, debe empezar por identificar aquellos grupos a los que le interesaría pertenecer. Una vez reconocidos, y siendo explícito el deseo de la persona de formar parte de un grupo, la pregunta que se ha analizado a este respecto desde la psicología social de la inadaptación es: por qué el adolescente entra a formar parte de un grupo de iguales desviado y qué mecanismos son los que le inducen a formar parte de ese grupo y no de otros.

Al respecto, Palmonari (1991, 2001) señala que en esta época el adolescente pone en cuestión la propia pertenencia a los grupos en los que está integrado para encontrar nuevos puntos de referencia en base a los cuales organizar su conducta social. La complejidad de la realidad social le estimula a construirse una visión relativamente simple de la realidad: al igual que ordena en categorías lo que es complejo, enfatiza la presencia de grupos distintos y el hecho de que pertenecer a un grupo significa excluir la pertenencia a otro y se define a sí mismo en base a esta pertenencia a un grupo y diferenciación de otro. Así pues, el énfasis se pone en el concepto de selección. A partir de este concepto el adolescente es concebido como un sujeto activo que auto selecciona su grupo de acuerdo con sus semejanzas (Rubin et al, 1999). Becker (1963) habla de disposiciones y afinidad y Palmonari (1991) se refieren a la 'propia iniciativa' como la causa que conduce al adolescente a adherirse a ciertos grupos.

Una vez seleccionada la persona como futuro miembro del grupo tiende a llevarse a cabo algún ritual de entrada. Esto es más patente en las bandas y tribus que en los grupos de adolescentes y, sobre todo, en los grupos de larga duración. A los nuevos aspirantes se les asigna una prueba de valor y que de ser superada, le pondrá en igualdad de condiciones con sus nuevos compañeros, de esta forma la pandilla se asegura de contar con un miembro *firme*, que comparte sus ideales. Superada la prueba y aprobado por el líder, el nuevo individuo es aceptado y entra a formar parte activa del grupo que tiende a

subrayar ese momento de la entrada con algún tipo de ceremonia o acto público: un acto de bienvenida. Una de las funciones más claras que cumple esa ceremonia de ingreso es la de incrementar el nivel de compromiso del nuevo miembro con respecto al grupo (Moreland y Levine, 1982; Levine, Moreland y Choi, 2001; Osorio y Fenández, 2002)

La iniciación del miembro en el grupo da lugar a un proceso de socialización grupal cuyo efecto más notable es el aumento de la identificación del sujeto con el grupo y la diferenciación respecto a otros grupos. En este proceso, los elementos visibles de identificación externa cobran mucha importancia: unas pautas de comportamiento, una imagen, unos gustos, etc. (Osorio y Fenández, 2002). La fase de *identificación y productividad grupal* se caracteriza por el grado de implicación afectiva y vital con el grupo por parte de sus miembros que como señala Perelló (1991) es más acentuada en este tipo de grupos de desviación social. Sobre ello, Levine y Moreland (1990) afirman que los grupos desviados son más homogéneos, estables y cohesionados lo que supone un mayor cumplimiento normativo. En ellos, el proceso de autoidentificación con el grupo de iguales influye de forma decisiva en la construcción de una identidad social propia que tiende a ser fuerte y que, en el caso de las bandas incluye elementos territoriales.

Ya hemos comentado que el período de vida esperado de un grupo desviado es variable en función del tipo de grupo: las tribus urbanas, sobre todo, y también algunas bandas pueden prolongar su vida a través de varias generaciones. Los grupos de adolescentes suelen tener una duración predeterminada que empieza con el inicio de la adolescencia y termina con el final de la misma cuando los miembros del grupo tienden a entablar relaciones amorosas con otras personas y amplian sus contextos de relación. En estos grupos la *fase de declive o desvinculación grupal* es un momento esperado y normal en la evolución de las relaciones individuo-grupo.

Sin embargo, hay casos en que tal disociación no está prevista y la divergencia se vive como un proceso problemático para la persona y/o para el grupo. Esta divergencia se produce por una desviación extrema y consistente de las normas del grupo. En estas situaciones el grupo pone en marcha dinámicas de exclusión (Adler y Adler, 1998). Esta dinámica comienza

siempre con la estigmatización y el intento de *resocialización* del miembro conflictivo y si persiste se llega a la expulsión.

En los grupos desviados la dependencia y el poder de unos miembros sobre otros es mayor que en otro tipo de grupos. Es por ello que la resocialización suele ser necesaria con menor frecuencia porque los miembros del grupo intentan no desviarse de la norma ya que perciben que sus opciones alternativas son menores y que la desviación será castigada con mayor severidad. Sin embargo, precisamente por eso, cuando la divergencia se produce en este tipo de grupos es cuando la maquinaria de la resocialización se pone en marcha con toda su eficacia.

Si la resocialización fracasa se produce la expulsión del miembro del grupo y comienza *la fase de rememoración*. Esta fase, en definitiva, es un período de reflexión tanto por parte del grupo como del ex-miembro. Según el motivo de la salida del ex-miembro y el proceso resocializador aplicado, este estadio puede caracterizarse por la aparición de las dudas en ciertos integrantes del grupo o en todos ellos en relación al valor de formar parte del grupo, la desconfianza en algunos miembros o las luchas entre ellos. Comenzaría así, un declive grupal generalizado (Moreland y Levine, 1982; 2006).

6. La estructura grupal del grupo de iguales desviado

Cuando nace un grupo, éste comienza a asumir una organización o una estructura que le permite ordenar su funcionamiento y las relaciones entre las personas que lo componen. Esta estructura adopta formas diferenciales en función del grado de formalidad del grupo.

Los grupos de iguales desviados se caracterizan por ser grupos informales, aspecto que les diferencia de otros grupos, como son por ejemplo los grupos deportivos o parroquiales. Según Emler y Reicher (1995, 2000) los grupos desviados se caracterizan por tener una estructura interna más sólidamente establecida y unos límites más definidos en contraste con los grupos de iguales 'normalizados'. De entre los elementos que la caracterizan resultan relevantes en este tipo de grupos: las normas, el estatus y el manejo de la reputación y el liderazgo.

Las normas en el grupo desviado. Las normas son expectativas compartidas sobre cómo deben comportarse todos los miembros del grupo. Como definen y delimitan la conducta aceptable y la inaceptable se convierten en un árbitro del bien y del mal y en un criterio para aceptar o rechazar conductas (Levine., Higgins, Choi, 2000).

Dos aspectos básicos vamos a analizar en este apartado: en primer lugar, nos centraremos en el desarrollo de las normas en los grupos desviados y en los factores que determinan la fijación de unas normas y no otras. En segundo lugar, nos detendremos en los factores que modulan la influencia de las normas en la conducta. Nos interesa este aspecto porque los grupos de iguales se caracterizan por una menor desviación de la norma en sus conductas aun cuando estas pueden llegar a ser peligrosas para su integridad física.

Dos son los factores que influyen en el desarrollo de unas determinadas normas en los grupos desviados. En primer lugar, los estudios clásicos de Sherif (1936) acerca de los procesos de normalización sugieren que la norma del grupo tiende a fijarse en el promedio de las normas personales previas de sus miembros. Así pues, los posicionamientos y las experiencias de los miembros del grupo, así como su análisis de las situaciones, son determinantes importantes en el establecimiento de la norma grupal.

Por su parte, y en segundo lugar, la teoría de la identidad social plantea que el uso de una categoría social para llegar a una identidad grupal positiva hace que cualquier característica descriptiva del grupo se convierta en prescriptiva o normativa. Así, las características que confieran al endogrupo una identidad distintiva y le diferencian positivamente de otros grupos relevantes presentes en su campo social tenderán a ser evaluadas positivamente –serán percibida como socialmente deseables y esperadas- y se transformarán en normas sociales para el grupo (Turner, 1982).

Otra cuestión importante en relación a las normas es cómo consiguen influir en la conducta. Destacaremos dos factores que modulan la efectividad de las normas en la determinación de la conducta de los miembros del grupo desviado.

El primer factor es el grado de identificación de la persona con el grupo. Según Terry y Hogg (1996) los miembros de las

bandas, tribus y grupos adolescentes cumplen las normas grupales no por que otros los vean o se lo digan sino porque son la base contextual de la identidad social del grupo. Desde esta perspectiva las normas son tanto más efectivas cuanto mayor es el grado de identificación con el grupo; esto es, cuando la persona toma al grupo de iguales desviado como grupo de referencia (Terry y Hogg, 1996; Terry, Hogg y White, 1999). A medida que crece la identificación-compromiso con el grupo crece la influencia de las normas y a medida que disminuye el grado de identificación-compromiso con el grupo decrece su influencia.

El segundo factor relevante en la influencia de las normas sobre la conducta es el grado de centralidad que tienen para la vida del grupo. Según Sherif y Sherif (1964) las normas centrales son aquellas que hacen referencia a la existencia y continuidad del grupo, a la actividad central del grupo y a la meta que inicialmente los unieron. En función de la centralidad de la norma varía el margen de desviación permitida: cuando las normas son centrales tienen mayor influencia sobre la conducta de las personas y, por tanto, se permite menor variación. Emler y Reicher (1995) plantean que una de las actividades centrales del grupo desviado es la conducta transgresora. Esto supone que el grupo no permitirá desviarse de las normas relativas a estas conductas (ver Schulz-Hardt, Frey, Lüthgens y Moscovici, 2000).

Así, si uno manifiesta una conducta normativamente inapropiada, como no beber cuando se sale el fin de semana con la pandilla; o si uno no lleva a cabo la conducta esperada en asuntos que afectan el mantenimiento del grupo, por ejemplo, no acudir a la lucha entre dos bandas callejeras por la defensa de su territorio, en estas ocasiones el grupo reaccionará en términos de rechazo y expulsión. En ambas situaciones no se permiten variaciones de la norma. La desviación de la norma se tolera en aquellos aspectos de menor importancia como el prestar su vehículo personal para salir el fin de semana, etc. Asimismo, estas normas que son más centrales para la continuidad del grupo y que reflejan los rasgos principales de su identidad son las que tienen más probabilidad de mantenerse a través de generaciones.

Ahora bien, el grado de variación aceptable en la conducta de una persona no sólo depende de la centralidad de la norma

sino también del estatus de la persona que lleve a cabo la actividad.

El estatus y el manejo de la reputación. El segundo elemento que la caracteriza la estructura de este tipo de grupos es el sistema de estatus. El estatus suele definirse como la valoración positiva o negativa que el grupo hace de un rol. Los roles son expectativas compartidas sobre cómo se debe comportar una persona concreta en un grupo (Levine y Moreland, 1990, 2006). El estatus tiende a ser estable, aunque la persona cambie de conducta, y una vez otorgado condiciona mucho la influencia que la persona tiene dentro del grupo.

El estatus en estos grupos adolescentes, tal y como presentamos en el gráfico, incluye, según Adler y Adler (1998) cuatro componentes: a) un componente de atracción denominado popularidad; b) un rango basado en el prestigio y el manejo de la reputación; c) un rasgo de poder y dominación; y d) un componente de influencia social. Sherif y Sherif (1975) señalan un quinto componente del sistema de estatus: la competencia en la consecución de la meta grupal. Los autores argumentan que los individuos cambian de status en los grupos desviados además de en función de sus características personales por su contribución relativa a las exigencias de las actividades del grupo.

Dos son los elementos clave en los sistemas de estatus de los grupos inadaptados: la popularidad y el manejo de la reputación. La popularidad hace referencia a la experiencia de resultar atractivo y aceptado por el grupo (Rubin et al, 1999) y se otorga en función de la coherencia de los rasgos y conductas del sujeto con la cultura dominante en el grupo.

Se ha observado que los factores que influyen en la popularidad varían bastante en función del sexo de los miembros del grupo. Los factores que afectan a la popularidad en los grupos de 'chicos' y que corresponden con el ideal social de 'macho' siguiendo a Adler y Adler (1998) se exponen a continuación. En primer lugar, las habilidades físicas relativas a la fortaleza en las peleas. Según Olweus (1998) los chicos populares de grupos desviados son más fuertes físicamente que el promedio y, desde luego, más que sus víctimas. En segundo lugar, la indiferencia hacia los demás sobre todo hacia las personas que sufren agresiones y poca o nula empatía hacia sus víctimas dota a la persona de una imagen de 'duros' y 'curtidos' (Lyman y

Scott, 1989; Olweus, 1998). En tercer lugar, la posesión de habilidades sociales y la capacidad de la persona de manipular, dominar y controlar a los demás (Harter, 1982; Ladd y Price, 1986; Rubin, 1985), el tener un gran repertorio de estrategias para el afrontamiento de problemas y una autoestima por encima de la media (Olweus, 1998). Finalmente, los más populares tienden a tener una actitud hostil, desafiante y agresiva hacia la autoridad y hacia las normas en todas las situaciones y momentos y, por tanto, son también los que reciben más tipo de acciones disciplinarias. Es más Fine (1987) en su estudio de Little League boys encontró que la popularidad de los chicos ascendía después de un enfrentamiento directo con el profesorado o la aplicación de medidas disciplinarias en la escuela.

En función del manejo de estas propiedades y conductas, los miembros del grupo desviado se van forjando una reputación pública. La reputación, dice Emler (1993) es algo parecido a lo que Moscovici (1984) denominó representaciones sociales, pero representaciones sociales relativas a individuos singulares. Esto es, la información compartida socialmente que se acumula a través del tiempo sobre una persona o grupo desviado. Las evaluaciones que hacen los otros de nosotros provienen tanto de la propia conducta de la persona como del grupo de pares con el que se le vincula.

La reputación es importante porque los grupos desviados al igual que sus miembros viven en contextos en los cuales se les conoce y se intercambia información sobre ellos. Como la información acerca del sujeto circula en su entorno social o comunidad, serán los grupos insertos en un determinado contexto social, barrio o vecindario los que más probablemente desarrollarán procesos de manejo de la reputación.

Con su conducta, pues, los miembros de grupos desviados construyen un tipo de identidad social alternativa que reconstruyen diariamente en función de las evaluaciones de 'los otros'. De ahí que el deseo de adquirir una determinada reputación entre su comunidad de conocidos y sus redes relacionales se convierta en motivación importante que guía la conducta. Con frecuencia, el tipo de actos que realizan los miembros del grupo no se debe principalmente a ningún tipo de déficit por parte del sujeto que transgrede, ni del grupo desviado como unidad

social, sino que es una opción deliberada por un tipo de identidad social alternativa (Emler y Reicher, 1995).

Para que los procesos de manejo de la reputación sean eficaces, es importante que las acciones de sujetos y grupos consigan comunicar aquello que pretenden. Para eso, dos son las condiciones que han de cumplir las conductas (Emler y Reicher, 1995). En primer lugar, que la conducta tenga un carácter inequívocamente transgresor. La conducta hostil de un adolescente, por ejemplo hacia el profesor, tendrá los efectos esperados en su reputación cuando se determine que la causa de la misma es una actitud general de enfrentamiento al orden social y las figuras de autoridad y cuando se descarta que sea fruto de una expresión de locura u otra característica idiosincrásica de la persona. En segundo lugar, que la conducta sea visible. Si la conducta no es pública y presenciada o conocida por 'otros' no servirá para formar y mantener una reputación. El grupo es un elemento clave en esta segunda condición, ya que garantiza la visibilidad social de la transgresión. Esto se manifestaba con mucha claridad en las entrevistas a adolescentes efectuadas por Reicher y Emler (1986), en las que los chavales informaban de que cometían actos delictivos porque estaban sus amigos para verlo.

El liderazgo en los grupos de iguales desviados. El tercer elemento estructural básico en los grupos de iguales desviados es el liderazgo. Podríamos definir al líder, en continuidad con la exposición anterior, como una persona de alto estatus dentro de un grupo, que ejerce mucha influencia sobre éste.

Ante la pregunta de qué es lo que hace que una persona sea líder de un grupo ha habido múltiples respuestas. De ellas, el enfoque funcional tiende a explicar el liderazgo de los grupos desviados del mismo modo que el liderazgo en otros tipos de grupos. Desde los enfoques funcionales el líder es aquella persona que satisface ciertas necesidades. Las dos funciones que se han identificado como necesidades principales en casi cualquier grupo son:

- a) Facilitar las relaciones interpersonales. Desde esta función el liderazgo se relaciona con la satisfacción de los miembros del grupo como en los Street Corner Boys de Whyte (1955). Whyte muestra como en este grupo la

fuerza del líder residía en su capacidad de mantener unido al grupo en base a la amistad, la lealtad y las actividades cotidianas.

- b) Facilitar la tarea o los objetivos del grupo. Desde esta función el liderazgo se relaciona con el desempeño del grupo. Por ejemplo, dado que en los grupos transicionales la tarea básica es el afrontamiento de los problemas propios de la etapa adolescente, Savin-Williams (1980) encontró que durante la adolescencia la estructura del grupo era muy dependiente de la inteligencia y la sociabilidad del líder que impulsa a los miembros a abordar los problemas de una manera diferente a la usada hasta entonces, que muestra estrategias de afrontamiento adecuadas, innovadoras y creativas.

Ahora bien, en ciertos tipos de bandas y tribus violentas, un enfoque funcional parece insuficiente para dar cuenta del liderazgo. Es por ello que actualmente se ha prestado gran atención al carisma del líder en relación con los grupos de iguales desviados (Epps y Hollíns, 1993; Levine y Moreland, 1998, 2006).

Ya Weber (1947) describió tres tipos o bases de la autoridad: la autoridad basada en la tradición que se basa en la costumbre; la autoridad carismática que se basa en la devoción hacia una persona por sus características personales, y, por último, la autoridad legal-racional que se basa en la racionalidad instrumental y tiene un carácter impersonal. Lo que las investigaciones más recientes ponen de manifiesto es que gran parte de los grupos de iguales desviados se caracterizan por su hostilidad hacia este tercer tipo de autoridad que es propio de las organizaciones formales; y que las personas que ejercen influencia en ellos son aquellas cuya autoridad se asienta en bases completamente distintas a la legal-racional: es decir, los líderes carismáticos.

Ahora bien, el fenómeno de la influencia y el liderazgo no sólo supone la existencia de un líder sino que, como fenómeno grupal que es requiere la presencia de los seguidores (con sus personalidades, percepciones y recursos relevantes y con un estatus determinado) (Hollander y Julian, 1969). Como fruto de la interacción, el liderazgo no es estático aunque si bastante estable. De hecho, el líder utiliza ciertas estrategias para el man-

tenimiento del liderazgo. Una de las estrategias primarias cuando líder se siente amenazado es reemplazar a la persona más próxima a él por otro u otros miembros leales con menos estatus. De esta forma se incrementa la lealtad de todos los miembros y disminuyen la independencia de aquellos que ascendían en la escala (Adler y Adler, 1998).

Finalmente, en los grupos desviados el ser líder tiene ciertas ventajas pero también supone ciertas obligaciones. Sherif y Sherif (1964) señalan que dentro del grupo desviado el grado de variación permitido de la conducta es diferente para el líder y para los seguidores: generalmente el líder es la persona del grupo que tiene mayor grado de variabilidad conductual. Ahora bien, en asuntos importantes para el grupo se espera que el líder sea ejemplar y esto supone la estricta obediencia a las normas centrales en el grupo en ciertos momentos. Por ejemplo cuando una banda invade el territorio de otra banda todos los miembros están obligados a defenderlo; si un miembro de condición inferior no acude a dicha cita será censurado por el grupo (se le rebajará verbalmente o se le tratará con 'la ley del hielo', etc.) pero al líder no se le permitiría ni siquiera poder pensarlo.

Bibliografía

- ADLER, P.A.; ADLER, P. (1998). *Peer power. Preadolescent culture and identity*. New Jersey: Rutgers University Press.
- AÑÑOS, F.T. (2006). Escenarios de la identidad cultural de los jóvenes españoles: análisis desde la educación social. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 12(24), 71-100.
- AYESTARÁN, S. (1993). Estado actual del área de los grupos. En I. Fernández y M.F. Martínez (Comp.), *Epistemología y procesos psicosociales básicos* (313-328). Sevilla: Eudema.
- BANKS, M., BATES, I., BREAKWELL, G., BYNNER, J., EMLER, N., JAMIESON, L. Y ROBERTS, K. (1992). *Careers and identities*. Milton Keynes: Open University Press.
- BARTOLOMÉ GUTIÉRREZ, R (1998). Delincuencia juvenil femenina: una aproximación a su realidad en España a través de autoinforme. En C. Rechea (dir.), *Criminología Aplicada II*. Madrid: Cuadernos del Consejo General del Poder Judicial.

- BARTOLOMÉ GUTIÉRREZ, R (1999). Delincuencia juvenil femenina y su comparación con la masculina". En L. Arroyo, J. Montañés y C. Rechea, *Estudios de Criminología II*. Cuenca: Ediciones UCLM.
- BAUMEISTER, R.F.; TICE, D.M. (1986). How adolescence became the struggle for self: a historical transformation of psychological development. En J. Suls y A.G. Greenwald (eds.), *Psychological perspectives on the self, vol. 3*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- BECKER, H. (1963). *Outsiders. Studies in the sociology of deviance*. New York: Free Press. (Trad. cast. Becker, H. (1971). *Los extraños. Sociología de la desviación*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo)
- BLACK, D. (1983). Crime as social control. *American sociological Review*, 48; 34-45.
- BLACK, D. (1993). *The social structure of right and wrong*. San Diego, CA: Academic Press.
- COCHRANE, R. Y BILLIG, M. (1982). *Youth and the SDP-breaking the mould?*. *New Society*, 60; 291-292.
- COSTA, P.O.; PÉREZ TORNERO, J.M. Y TROPEA, F. (1996). *Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*. Barcelona: Paidós.
- CURRA, J. (1999). *The relativity of deviance*. Thousand Oaks, California: Sage Publications.
- ELDER, D. (1985). The cycle of popularity: Interpersonal relations among female adolescents. *Sociology of Education*, 58; 154-165.
- EMLER, N. (1993). The young person's relationship to the institutional order. En S. Jackson y H. Rodríguez-Tomé (eds.), *Adolescence and its social worlds* (págs. 229-250). Hove: Lawrence Erlbaum Associates.
- EMLER, N. Y REICHER, S. (1995). *Adolescence and delinquency. The collective management of reputation*. Oxford: Blackwell Publishers.
- EMLER, N. Y REICHER, S. (2000). *Adolescenti e devianza. La gestione collettiva della reputazione*. Bologna: Le edizioni del Mulino
- EPPS, K. Y HOLLIN, C.R. (1993). Authority and hatred. En P. Varma (Dir.), *How and why children hate* (págs 136-154). Hove: Lawrence Erlbaum Associates.

- FEIXA, C. (1998): *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- FERDINANDO, M. Y PALMONARI, A. (2006). *Nuovi adolescenti: dalla coscienza all'incontro*. Bologna: EDB.
- FINE, G.A. (1987): *With the boys: Little league baseball and pre-adolescent culture*. Chicago: University of Chicago Press.
- FRANCO, L.F. Y FERNÁNDEZ, J.M. (1991). *La marginación: realidad y perspectivas*. Madrid: CCS.
- GARCÍA MARTÍNEZ, A. Y SÁNCHEZ LÁZARO, A.M. (Eds.) (2005). *Drogas, sociedad y educación*. Murcia: Universidad de Murcia.
- HARTER, S. (1982). The perceived competence scale for children. *Child Development*, 53; 89-97.
- HOLLANDER, E.P.; JULIAN, J.W. (1969). Contemporary trends in the análisis of leadership proceses. *Psychological Bulletin*, 71; 387-397.
- KIPKE, M.D.; UNGER, J.B.; CONNOR S.O.; PALMER, R.F.; LAFRANCE, S.R. (1997). Street youth, their peer group affiliation and differences according to residential status, subsistence patterns, and use of services. *Adolescence*, 32(127); 654-669.
- LADD, G.W.; PRICE, J.M. (1986). Promoting children's cognitive and social competence: The relations between parent's perceptions of task difficulty and children's perceived and actual competence. *Child Development*, 57; 446-460.
- LEVINE, J. M., HIGGINS, E. T., & CHOI, H-S (2000). Development of strategic norms in groups. *Organizational Behavior and Human Decision Processes*, 82; 88-101.
- LEVINE, J.M. Y MORELAND, R.L. (1990). Progress in small group research. *Annual Review of Psychology*, 41; 585-634.
- LEVINE, J.M. Y MORELAND, R.L. (1998). Small groups. En D.T. Gilbert, S.T. Fiske y G. Linzey (Eds.), *The handbook of Social Psychology*, Vol 2 (415-469). New York: McGraw-Hill.
- LEVINE, J. M. Y MORELAND, R. L. (Eds.) (2006). *Small groups*. New York: Psychology Press.
- LEVINE, J. M., MORELAND, R. L. Y CHOI, H-S (2001). Group socialization and newcomer innovation. In M. A. Hogg & R. S. Tindale (Eds.), *Blackwell handbook of social psychology: Group processes* (pp. 86-106). Oxford, England: Blackwell Publishers.
- LYMAN, S. Y SCOTT, M. (1989). *A sociology of the absurd*. Dix Hills, NY: General Hall.

- MACCOBY, E.E. (1986). Social grouping in childhood: Their relationship to prosocial and antisocial behavior in boys and girls. En D. Olweus, J. Block y M. Radke-Yarrow (Eds.), *Development of antisocial and prosocial behavior. Research, theories and issues* (263-284). London: academic Press.
- MARSH, P., ROSSER, E. Y HARRÉ, R. (1978). *The rules of disorder*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- MORELAND, R.L. Y LEVINE, J.M. (1982). Socialization in small groups: temporal changes in individual-group relations. *Advances in Experimental Social Psychology*, 15; 137-191.
- MORELAND, R. L. Y LEVINE, J. M. (2003). Group composition: Explaining similarities and differences among group members. In M. A. Hogg & J. Cooper (Eds.), *Sage handbook of social psychology* (pp. 367-381). London: Sage.
- MOSCOVICI, S. (1984). On social representations. En R. Farr y S. Moscovici (ed.), *Social representation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- OLWEUS, D. (1998). *Conductas de acoso y amenaza entre escolares*. Madrid: Morata.
- OSORIO, N.F. y FENÁNDEZ, M.S. (2002). Pandilla. En *El parche, diccionario*.
- PALMONARI, A. (1991). Adolescenza. *Enciclopedia delle Scienze Sociali* 1, 59-70. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana.
- PALMONARI, A. (2001). *Gli adolescente*. Bologna: Il Mulino.
- PERELLÓ, F. (1991). La socialización, aspecto primario en la desviación social del menor. En A. Martínez (Ed.), *Pedagogía de la marginación* (93-116). Madrid: Editorial Popular.
- RECHEA, C., BARBERET, R., MONTAÑÉS, J. Y ARROYO, L. (1995). *Adolescencia: ¿Un sarampión?*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla – La Mancha.
- REICHER, S.; EMLER, N. (1986). The management of delinquent reputation. En H. Beloff (Ed.), *Getting into life*. London: Methuen.
- ROUANET, A.; VALLÉS, Y.; GARRIDO, V. (1988). *Aspectos ecológicos y psicosociales de la delincuencia juvenil en Valencia*. Valencia: Conselleria de Treball i Seguretat Social, Generalitat Valenciana.
- RUBIN, K.H. (1985). Socially withdrawn children: An 'at risk' population?. En B. Schneider, K.H. Rubin y J. Ledingham

- (Eds.), *Children's peer relations: Issues in assessment and intervention* (125-139). New York: Springer-Verlag.
- RUBIN, K.H., COPLAN, R.J., NELSON, L.J. y SAGACE-LEGUIN, D.G. (1999). Peer relationships in childhood. En M.H. Bornstein y M.E. Lamb (eds.), *Developmental psychology. An advanced textbook* (4th ed., pp. 451-501). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- RUBINI, M. y PALMONARI, A. (1998). *The effect of school maladjustment and of membership of adolescent peer-groups on the orientation to the institutional system*. Comunicación presentada a la 6th Biennial Conference of the EARA, Budapest.
- SAVIN-WILLIAMS, R.C. (1980). Dominance hierarchies in groups of middle to late adolescent males. *Journal of Youth and Adolescence*, 9; 75-85.
- SCHULZ-HARDT, S., FREY, D., LÜTHGENS, C. Y MOSCOVICI, S. (2000). Biased information search in group decision making. *Journal of Personality and Social Psychology*, 78(4), 655-669.
- SCHWARTZ, D.; PROCTOR, L.J. (2000). Community violence exposure and children's social adjustment in the school peer group: The mediating roles of emotion regulation and social cognition. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 68 (4); 670-683.
- SHAFFER, H.R. y HARGREAVES, D. (1978). Young people in society: a research initiative by the SSRC. *Bulletin of the British Psychological Society*, 31; 91-4.
- SHERIF, M. (1936). *The psychology of social norms*. New York: Harper and Row.
- SHERIF, M. Y SHERIF, C.W. (1964). *Reference groups: exploration into conformity and deviation of adolescents*. Nueva York: Harper and Row.
- SHERIF, M. Y SHERIF, C.W. (1975a). Problemas de la juventud en transición. En M. Sherif y C.W. Sherif (Eds.) *Problemas de la juventud. Estudios técnicos de la transición a la edad adulta en un mundo en cambio* (14-26). México: Trillas.
- SHERIF, M. Y SHERIF, C.W. (1975b). El adolescente en su grupo y en su ambiente. I. Criterio teórico y metodología. En M. Sherif y C.W. Sherif (Eds.) *Problemas de la juventud. Estudios técnicos de la transición a la edad adulta en un mundo en cambio* (306-338). México: Trillas.

- SHERIF, M. Y SHERIF, C.W. (1975c). El adolescente en su grupo y en su ambiente. II. procedimientos y resultados de la investigación. En M. Sherif y C.W. Sherif (Eds.) *Problemas de la juventud. Estudios técnicos de la transición a la edad adulta en un mundo en cambio* (340-378). México: Trillas.
- SHORT, J.F. (1975). Estructura social y procesos de grupo en la explicación de la delincuencia de pandilla. En M. Sherif y C.W. Sherif (Eds.) *Problemas de la juventud. Estudios técnicos de la transición a la edad adulta en un mundo en cambio* (184-221). México: Trillas.
- SIMONS, R.L.; JONSON, C.; BEAMAN, J.; CONGER, R.D.; WHITBECK, L.B. (1996). Parents and peer group as mediators of the effect of community structure on adolescence problem behavior. *American Journal of Community Psychology*, 24(1); 145-171.
- TANNENBAUM, F. (1938). *Crime and community*. New York: Columbia University Press.
- TERRY, D.J.; HOGG, M.A. (1996). Group norms and the attitude-behavior. Relationship: A role for group identification. *PSPB*, 22(8); 776-793.
- TERRY, D.J.; HOGG, M.A.; WHITE, K.M. (1999). The theory of planned behaviour: Self-identity, social identity and group norms. *British Journal of Social Psychology*, 38; 225-244.
- TURNER, J.C. (1982). Towards a cognitive redefinition of the social group. En H. Tajfel (Ed.), *Social identity and intergroup relations* (15-40). Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- WAGMAN, D. (2002). Estadística, delito e inmigrantes. *CNT*, 281.
- WEBER, M. (1947). *The theory of social and economic organizations*. Nueva York: Free Press.
- WHYTE, W.F. (1955). *Street corner society: The social structure of an Italian slum*. Chicago: University of Chicago Press.
- ZDANIUK, B., & LEVINE, J. M. (2001). Group loyalty: Impact of members' identification and contributions. *Journal of Experimental Social Psychology*, 37, 502-509.